

“HÁGASE” **EN EL DÍA DE LA DEFENSA DE LA VIDA**

José Román Flecha Andrés (Diario de León, 26-III-2022)

1. Al principio dijo Dios: “Hágase la luz”. Todavía no había quien pudiera juzgar a la palabra ni aplaudir el resultado del invento. Pero hubo luz. Y la luz fue el manantial intangible de la vida y la pauta para silabear algún día la inefable música del tiempo.

No había quien pensara el aún y el todavía, el siempre y el jamás. Pero aquel “hágase” inicial marcaba la posibilidad de todos los milagros, de todos los encuentros, de todos los amores que nadie sabía aun lo que serían.

Aquel “hágase” divino era el hontanar de la vida. De toda vida. En aquel amanecer de todo, la palabra se hizo vida. Y se convirtió para siempre en gozosa esperanza de vida.

2. Aquel tiempo estrenado allá en la aurora de todas las auroras fue avanzando al ritmo de tropiezos y caídas, de sueños y proyectos, mal o bien rechazados y aceptados, acariciados y burlados.

El tiempo se había hecho historia y peripecia, memoria y esperanza. Desde hacía muchos milenios, había personas que creían distinguir lo que es un día y lo que es la noche, lo que pesa la fatiga y cómo se desvanece la ilusión.

Pero el ángel se acercó hasta la doncella y le propuso el proyecto impensado de dar vida divina a la vida humana. Le hizo saber que todo dependía de ella.

Y ella solo acertó a responder “Hágase en mí según tu palabra”. La música del tiempo sonaba como el encuentro histórico de dos libertades. Y la vida se hizo Palabra.

3. El fruto de la doncella nos reveló el verdadero rostro de Dios. Y en él descubrimos nuestro propio rostro. Su hijo era palabra eterna y experiencia temporal. Gracias a él fuimos lentamente comprendiendo el porqué del hambre y de la sed. Y fuimos descubriendo las raíces de nuestra propia dignidad.

Por las lecciones de aquel hijo de Dios e hijo del hombre llegamos algún día a entender que la libertad puede florecer como gracia y dar frutos de bien y de ternura.

Y, sobre todo, él nos enseñó a amar la vida. A hacernos responsables de la vida. Por él hemos sabido que la vida es un don precioso y una tarea inesquivable.

Solamente se nos pide un amor apasionado a la verdad. Y respeto a la vida que nos es dada para que la cuidemos como a una flor. Es bella y frágil, mil veces alabada y mil veces despreciada, acariciada a veces y otras veces profanada.

La vida es un milagro y es también un desafío. Para hacerla posible y defenderla día tras día es preciso repetir con verdad el “Hágase tu voluntad” que él repetía y enseñaba.

“Hágase, hágase, hágase”. No podemos olvidar que esa era y ha de ser la clave de la música eterna de la vida.